

EL PAÍS DE CELHADA

Primera parte

Cuenta la leyenda que, en tiempos remotos, el mundo solo estaba habitado por las hadas, pequeñas criaturas fantásticas capaces de volar con su mente y de pintar de extraordinarios colores todo lo que había a su alrededor con un simple gesto de su mano. Vivían entre los bosques, arropadas por el calor de árboles milenarios que ya existían incluso antes de que la primera de las hadas se materializara en mitad de la nada.

Aquella primera hada se llamó a sí misma Tierra, porque había nacido precisamente de las raíces que se esconden bajo la superficie. Tras ella, llegaron otras, muchas más. Tantas que ocuparon todos los rincones del mundo. Se dedicaron entonces a crear el cielo, y la noche, y las cataratas, y los ríos, y cualquier otra cosa fabulosa que se les ocurría.



Durante miles de años vivieron en paz y armonía. Pero con la llegada de uno de los inviernos más crudos que recordaban, llegó también un ser oscuro que se dedicaba a devorar todo lo que previamente había sido creado por las hadas. Estas, sintiéndose amenazadas, se dispusieron a luchar con él, pero el devorador de mundos, pues eso era precisamente, era tan poderoso y consiguió vencerlas con tan solo el apestoso aliento que salía de sus enormes fauces.

Las hadas que consiguieron sobrevivir, se escondieron en las profundidades de la tierra y esperaron a que el devorador se marchase. Fue en vano. Todavía habrían de pasar cientos de años antes de que este se sintiera satisfecho y decidiera ir en busca de nuevos planetas que destruir. Y cuando lo hizo, lanzó a los cuatro vientos una sentencia con su voz atronadora:

—Nadie pisará más esta tierra, nadie se atreverá a respirar en ella.

Dicho esto, se marchó dejando un vacío aterrador tras él. Ninguna de las hadas se atrevió a desobedecerle. Ninguna, excepto, Cel, el hada más joven de todas las que habían nacido en aquellas tierras. Esta criatura, la más atrevida, la más poderosa de todas, recibía su nombre del cielo, ya que había surgido de él y guardaba en sus azules ojos su esencia.

—¡Debemos recuperar lo que es nuestro! —animó a las demás sin demasiado éxito.



Las cabezas gachas y las miradas esquivas le dieron a entender que ninguna de sus hermanas la acompañaría de vuelta a la superficie. No le importó. Ella recuperaría para todas un mundo que por derecho les pertenecía. Estaba convencida de que, más pronto o más tarde, seguirían su ejemplo. Sabía que, la única manera de evitar la sentencia del devorador era no respirar, así que preparó un hechizo para sus pulmones durmiesen durante mucho tiempo.



Con ayuda de su mente se imaginó fuera y fuera estuvo en un suspiro. El paisaje que encontró al hacerlo resultaba desolador. El devorador de mundos lo había reducido todo a cenizas. No había bosques, no había ríos, ni tampoco ese cielo del que ella misma había surgido.

Llena de rabia, cerró los ojos y comenzó a ascender mientras giraba en el aire. Con cada gesto de su mano, el mundo recuperaba una parte de lo que había perdido. Y no solo, su poder hizo que surgiera mucho más.



Miró hacia el norte y, al instante, nació el Reino de las Ilusiones Aparecen por la Noche, habitado por ratones, conejos y reyes magos. Miró al sur y surgió el Reino Más Diminuto Jamás Imaginado, repleto de gnomos, duendes y elfos. Miró al este y se materializó el Reino de las Criaturas de Aspecto Extraño y Buen Corazón, donde vivían brujas, ogros y dragones. Finalmente, miró al oeste y el último de los reinos se hizo realidad; el Reino de No Grites Tanto que no me Asustas, ocupado por vampiros, monstruos y momias.

En el centro de todo, el hada Cel construyó un palacio donde cada mañana se asomaba a contemplar el nuevo mundo que había surgido de su imaginación y sonreía feliz. Sus habitantes la querían y admiraban y, por ese motivo, decidieron llamarlo Celhada en honor a su creadora.

Sin embargo, echaba de menos a las demás hadas, pensaba en ellas a diario y, con el paso del tiempo, esa nostalgia crecía más y más en su pecho. Tan fuerte era ese sentimiento que un día, sin poder remediarlo, de su boca escapó un suspiro que despertó a sus pulmones. Estos, dado que no sabían hacer otra cosa, respiraron. Fue apenas un segundo, una exhalación breve que no impidió que la sentencia del devorador de mundos.



El hada Cel cayó de inmediato al suelo y quedó petrificada, como si de una estatua se tratara. Los habitantes de los cuatro reinos sintieron en su interior el mal que aquejaba a su creadora y corrieron al palacio. No pudieron hacer nada más por ella que tumbarla en su cama y llorarla.

Un estrépito ensordecedor les hizo correr y esconderse en sus casas. De súbito, el alma de Cel se congeló. Y tras ella, se congeló la estancia donde descansa. Y luego el palacio, y luego la montaña donde se levantaba este. Finalmente, todo el país quedó bajo el hielo.

CONTINUARÁ